

## Rincón del libro

CARLOS DÍAZ Y AQUILES MONTOYA

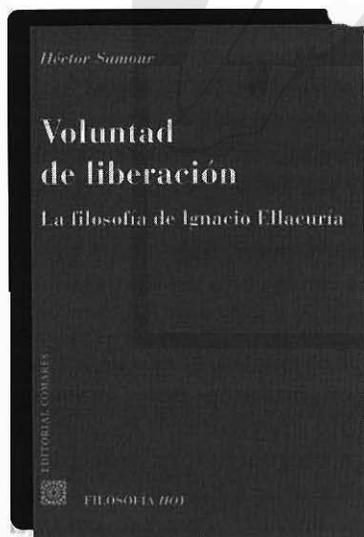
Héctor Samour: *Voluntad de Liberación. La filosofía de Ignacio Ellacuría*. Editorial Comares, Granada, 2003, 355 pp.

*Voluntad de Liberación* es un libro cargado de muchas horas de investigación, de empatía con la vida y obra de Ellacuría, y verdaderamente completo, pues constituye una síntesis lograda del pensamiento ellacuriano. Precisamente por ello, y no resultando posible dar cuenta y razón de libro tan rico, aquí giraremos a continuación en torno al criterio de verdad en Ignacio Ellacuría.

La originalidad que algunos buscamos en pensadores de lo absoluto,

como Ellacuría, radica en su coherencia entre profesión, confesión y testificación, es decir, entre lo profesado reflexivamente, lo confesado credencialmente, y lo testificado existencialmente. Atendiendo a este criterio, es fácil caer en la cuenta de que sólo los mártires resultan originales porque validan el axioma *sicut vita, finis ita*. La originalidad de un pensador ha de ser analizada corriente arriba, comenzando por el final: la forma de morir da razón de las razones del vivir; como Hegel dijera, sin Viernes Santo especulativo no cabe Domingo de Resurrección; quien no sabe morir, tampoco sabe vivir. La muerte no es morir, morir se acaba: el morir queda abrumado por el haber dado de sí de la vida; seremos polvo, sí, mas polvo enamorado.

Tampoco se reduce la originalidad a la mera producción de ideas fértiles o geniales. Sin negar el valor fundante de las grandes epistemes de los *maîtres à penser* eso no vale nada; sin su *bios theoretikós* no es más que un *rigor mortis* con que se autoclausura y esclerosa toda jerga embolismática, toda jerga de la inautenticidad, todo gatuperio donde se es sectario, o no se es nada; lo que sigue a eso ya se sabe: escepticismo dogmático y materialismo vul-



gar, algo muy típico de la exquisiteces académicas.

Y hay algo más que Héctor Samour nos recuerda a propósito de la originalidad, algo que se olvida frecuentemente: que originalidad no es nada sin originariedad, y que ésta sólo es tal a su vez cuando responde a la originariedad del dolor de la viuda, el huérfano y el extranjero veterotestamentarios, rostros de misericordia; como dice Héctor Samour, la realidad se le presentaba a Ellacuría en los últimos años de su vida como un mal común, un mal que, definiéndose negativamente como no realidad, es el que aniquila y hace malas todas las cosas, pero que, en razón de la víctima negada, puede dar paso a una vida nueva que tiene caracteres de creación. Como Sócrates, Ellacuría no hizo una mera reflexión filosófica sobre la liberación, sino una forma de vida filosófica entregada a la liberación. Consecuente con esta postura, optó por vivir en el mundo de los desposeídos y los crucificados de la tierra en su etaneidad y en su coetaneidad, se ubicó conscientemente en el lugar de la realidad histórica donde no había posibilidad, sino opresión, que es el lugar de las víctimas despojadas de toda figura humana, y por ese lugar dio su vida. En este sentido, no sólo su filosofía, sino también su praxis y su destino dan mucho que pensar y pueden ser también para todos una exhortación para actuar. Como a Sócrates, tampoco a Ellacuría le importaba saber tan sólo cómo son las cosas, sino que las cosas sean, que

las cosas lleguen a ser como todavía no son y que por no serlo son falsas e injustas. El profesor Samour deja brillantemente en claro que para Ellacuría la reflexión filosófica debe ser una síntesis del *bios theoretikós* y del *bios politikós* capaz de constituir en una concreta situación histórica una filosofía efectivamente liberadora, esto es, una auténtica filosofía guiada por una *voluntad de liberación* capaz de aunar a la vez una voluntad de verdad, una voluntad de vivir y una voluntad de ser en el servicio de la realidad histórica, que se presentiza en la realidad pauperonómica. El libro entero de Héctor Samour se compromete, desde el inicio hasta el fin, con la afirmación de que una inteligencia sentiente liberadora sólo cabe desde la con-descendencia y la com-pasión profunda por la tragedia de los pobres, ahí donde se cruzan teoría y praxis, inteligencia compasiva y diacónica, la cual no se limita simplemente a hacer avanzar el *logos*, sino que filosófica y teológicamente queda inspirada por un *intellectus misericordiae*. Tal voluntad de liberación deja atrás la —necesaria— razón dialógica y quiere ser *razón profética*, por cuanto se hace cargo de la realidad, carga con ella, y se encarga de darle respuesta, algo que es propio de una inteligencia no sólo agente, sino también actora y autora.

En resumen, lo que tiene Ellacuría de original no es poco, aunque el filósofo (o retórico) *Herr Professor* siga preguntándose saduceamente: “¿Acaso de El Salvador puede salir algo bueno?” Para ese continente,

que hizo del siglo XX un mapa de exterminio bélico y postbélico a costa de los más pobres, y que ha comenzado el siglo XXI bajo el mismo signo, Ellacuría no sería sino un apéndice relativamente valioso transplantado a un contexto menor, un "ideólogo" (en sentido peyorativo) incapaz de *epojé* (eterno recurso de los europeos, con el que sin embargo no describen mejor el fenómeno), y que ubicarse, como Ellacuría, en el lugar supuestamente adecuado del proceso liberador constituye un prejuicio intolerable, etc., a todo lo cual da adecuada respuesta, lúcida y tranquilamente, el profesor Samour.

Por lo demás, después de haber leído y agradecido *Voluntad de Liberación*, libro sólido y riguroso, me gustaría plantear al profesor Héctor Samour un par de cuestiones, quizá para el futuro:

—¿Existe alguna relación entre Zubiri-Ellacuría y el personalismo comunitario? ¿Por qué la filosofía y la teología de la liberación guardan silencio al respecto? Si hay diferencias entre Ellacuría y el personalismo, ¿cuáles son, por qué surgen? No hay que ocultar que incluso entre Zubiri y Ellacuría existen fracturas (por ejemplo, en el sesgo cuasiestructuralista del análisis histórico ellacuriano, véanse las páginas 85, 147-148, 284-291, etc., de *Voluntad de Liberación*), como tampoco en el personalismo; pese a ello, ¿no merecería la pena una investigación acuciosa al respecto?

—Aceptando la coherencia del discurso global de Ignacio Ellacuría, así como su "filosofía cristiana" en el sentido de que en el lugar privilegiado de la verdad de la historia se halla la cruz como esperanza y liberación, echo de menos un tratamiento de lo que con Péguy podríamos denominar "teología mística" como alfa y omega de toda obra pensada, convicta y confesa (al modo como, por ejemplo, se da en las *Confesiones* de San Agustín) ¿Cuál es la vivencia autobiográfica que explicaría en Ellacuría la raíz mística de la voluntad de liberación, y cómo se inserta en su planteamiento?

CARLOS DÍAZ